

+

Sr. D. Demito Perez Galdos

Mi distinguido amigo. No sabe usted bien con cuanto placer he leído las seis líneas de su carta. "Me está ya dando fruto mi artículo" me he dicho. Porque lo cierto es que desde que vine hace siete años de mi Vizcaya á encerrarme en el rinconcito de este viejo ciudadano castellano he vivido lo más del tiempo recluido en mi mismo, en perpetua ruina, en casi constante monólogo. ¡Si usted supiera cuantas veces recuerdo á mi amigo Manro! No es que lo haya visto, lo he sentido dentro de mí. Aquí maduraron mis gérmenes, mi porfiria condriaca y de tal modo he debido hacerme que cuando publiqué mi novela Paq en la Guerra no faltó quien dijese que los personajes eran reales, excepto uno que no pasaba de un ente de razón. Y en ese ente de razón me había puesto á mi mismo, había trazado una autobiografía. "Me habes convertido en ente de razón" me decía. Y no es esto lo peor. Lo peor es que en fuerza de vivir solo conmigo llegó á ulcerarse la conciencia, y me meció con ella lo que con el estómago ulcerado, que empezó á digerirse, esto es á analizarse, á sí mismo. Dios sólo sabe lo que sufti.

Y basta de mí, que debo combatir ante todo el yoísmo.

Desde que fui á usted presentado por Villegas y charlamos un rato sentía vivo escoror de que volviéramos á vernos, más despacio y con mayor calma. Eran muchas las cosas que tenía que decir á usted, con cuyas obras me he recreado tanto de muchacho. Aún recuerdo alguna noche en vela leyendo alguna de mis primeras novelas. ¡Cuántas cosas pude en mi León Roch mientras lo leía! ¡Cuántas en Doña Perfecta!

La serie de episodios que ha emprendido usted ahora me interesa muchísimo. Me he llevado más de diez años dedicado

á estudiar el carlismo, y como necesario complemento el período histórico que usted ahora noveliza. Por mi parte me siento poco animado á volver á escribir novelas. Lo que hice me costó mucho trabajo; una larga y enorme labor de concentraciones y expansiones sucesivas, un estudio tenaz del menor detalle, un constante masaje del contenido, una gran tensión para hacerlo significativo todo. Lo único que en su mayor parte hice de un tirón fue la forma externa, el lenguaje (no el estilo) Creo que cometí la torpeza de meter demasiadas cosas y todas muy apretadas en un libro, y que no tuve el bastante arte para darle relieve, para subrayarlas. ¡Se me hacía tan costoso publicar el libro todo ~~en~~ en letra curvada! Porque mi constante empeño en diez años de labor fue suprimir materia conjuntiva y hacer que fuese todo hueso, músculo y nervio.

En lo que sí he venido á dar es en lo que no creí nunca, en lo mismo en que fue usted á dar: en el teatro. Cuando hace tres ó cuatro años me excitaban Villegas y Colado á que hiciera algo para el teatro me resistí alegando que ni mis gustos, ni mi complejión espiritual, ni mi estilo me llevaban á él. Y á él he ido á dar casi sin sentirlo; intentando hacer una novelita. Con usted que tiene experiencia del teatro y que de la novela ha ido á él, con usted quisiere hablar de ello. Hasta hoy me resulta mi drama sombrero, muy sombrío, aplastado por la obsesión de la muerte que sobre él se cierne y por el temor de la nada de ultratumba. A las veces creo que le doy exagerada tensión. No sé tampoco como recibirán nuestros públicos un drama en que se sacan á escena íntimas luchas religiosas, el combate de un hombre que quiere creer y no puede, que pelea entre la gloria y la paz. Tal vez lo salve el desarrollo externo hasta la

muerte del protagonista en un motín popular.

Me dicen que es poco español este misticismo religioso, esta constante preocupación por el destino individual de cada uno. No lo sé. Lo que sé es que la religión aquí es puro socializada apenas para de liturgia y moral, que no se cuenta en las relaciones personales y directas con Dios ó con quien haga sus veces para cada uno.

Cuando leí su Nazarin se me ocurrieron muchas cosas que por esta condenada insociabilidad de que me quejó en el artículo que ha ocasionado su carta, no le escribí. Su Nazarin de usted se mueve, aunque con amplitud y vigor, en el misticismo latino. Faltaba razón Clarin al decir que no tenía casi nada de místico, como apenas lo tuvo S. Francisco de Asís. El misticismo en cuanto enfermedad en ninguno se ve mejor que en Pascal, en Enrique Suso, algo en algún período de la vida de Juan Jacobo.

De otra cosa tengo que hablarle á usted y es de Orozco, de su Orozco, á quien he conocido y tratado y de quien me despedí no hace muchos días. Iba á América. Es un hermoso drama, todo un drama que ha trascendido silencios en una vida muerta de esta provincia. ¡Qué pena me daba verle acercarse á mis hijos, él, que no podía tenerlos, cada vez que venía á verme! Usted no sabe lo que sintió cuando vió en el libro de usted un reflejo tan real de sí mismo, y mucho más cuando usted no le conocía siquiera.

En fin, si me dejase llevar de mi epistolomanía (que es una de mis enfermedades) esta carta no acababa nunca. ~~La~~ No sabe usted cuanto célebre que mi artículo haya provocado un reanudamiento de relaciones interrumpidas no bien comenzadas, cuando apenas hacían más que iniciarse. ¡Es tan grato encontrar eso!

Creo que no ha de pasar mucho tiempo antes que le envíe un nuevo ~~de~~ libro mío, sea En torno al catolicismo, sea Lairajes y celajes ó sea Niñez, memorias de mi infancia. Aún no tengo decidido cual publicaré antes.

Las desgracias patrias y el vendaval de barbarie que se desmenuza en Europa me tienen en tensión. Es horrible lo que pasa. ¡Hay que crear consumidores! Esta es la fase fatal. No se trata de hacer productos para los hombres, sino hombres para los productos. El infeliz fabricante de corbata se ve obligado ¡pobrecillo! a producir y producir sin descanso so pena de quiebra y no hay más remedio que civilizar a canónigos, a los salvajes, para que gasten corbata. Nunca ha sido más verdad lo de que el pabellón cubre la mercancía. Como que toda bandera es ya bandera mercante, las naciones, indicadores de industrias y los suelos de ellas hipoteca de los tenedores de la deuda. Y aún querrán que no consideremos al progreso como un mal necesario!

Basta de desahago.

Usted sabe, Don Benito, como le admiro y aprecio y agradece su recuerdo su afino amigo

Miguel de Unamuno

Salamanca, 30 de nov. de 1897